

Las mujeres a fregar

El pasado miércoles el Parlamento y el Senado españoles iniciaban sus sesiones presididos por mujeres, pero en pocos minutos entramos allí por la fuerza y, al grito de “las mujeres a fregar”, nos llevamos a las dos presidentas.

Con ellas nos desplazamos hasta un precioso bosque de la India del siglo VI antes de Cristo. Allí nos encontramos con Maitreyi. Estaba pensando cosas que se eternizarían en los textos Vedas. Cosas como que el mundo entero estaba dentro de ella. Se unió a nosotros con una preciosa sonrisa. Segundo destino: Alejandría, a por la gran Hipatia, directora de la mítica biblioteca alejandrina, científica y filósofa, y la cogimos pocos días antes de que el Obispo Cirilo mandase a una turba de feligreses a arrancar su carne con cochas. Y después, hasta Ávila, donde encontramos a Santa Teresa tratando de enjaular a Dios en la sintaxis del castellano. Entendió lo que queríamos y se unió a nosotros. Y seguimos adelante hasta el siglo XIX. Allí encontramos a Lou Salomé, la bellísima rubia del báltico, la mujer que rompería los corazones y los cerebros de los grandes genios masculinos de la época. La pillamos paseando con Nietzsche en una colina del lago Orta, mientras el gran filósofo alemán constataba que aquella mujer que lo quemaba de deseo era el ser más inteligente que había conocido jamás. Ya en el siglo XX se nos unió Madame Curie poco antes de recibir su premio Nobel de Física; Marguerite Yourcenar cuando, desesperada, estaba a punto de romper los apuntes de los que luego sacaría Las Memorias de Adriano; y la Comisaria de Derechos Humanos de la UE, en Chechenia, mientras trataba de no llamar criminales e hijosdeputa a los rusos que controlaban su visita.

Finalmente nos pusimos delante de la Historia, que era un hermoso puente tendido entre dos oscuridades, y algunas mujeres empezaron ya a fregar porque aquello estaba repugnante de sangre por culpa de los hombres. Ya se sabe: sus violencias, sus chiquilladas, su falta de sensibilidad.

Pero de pronto Marguerite Yourcenar me abochornó públicamente arengando así: “Este artículo es una necedad. Las mujeres hemos aportado también mucho odio e irracionalidad para que la Historia esté llena de sangre. Querido articulista: no sea iluso, los hombres y las mujeres no somos tan diferentes.”